

actitudes, qué inflexiones de voz y qué detalles los de Rossi! Baste decir en su elogio que si el César romano despertara, creyera el escenario un enorme y bruñido espejo de metal de los usados en aquel tiempo.

Existe para mí un salto mayor aún que los de Leotard, y que el del hambriento poeta arriba dicho, y es el salto desde Rossi al clown y al volatin. Ese salto acabo yo de darle, y exclamo todavía con el alma dolorida:

—*Olele el africano, salvaje encarnacion de los celos matadores; Hamlet, el de cerebro y corazon sombríos como las nieblas de Inglaterra; impiacable Shylock, viva personificacion de la codicia; desordenado y noble Kean; trágico Rey Lear, victima de tus malvadas hijas; apasionado Romeo, tierna y angelical Julieta, lascivo y monstruoso Neron, ¡addio per sempre, addio! ¡Non vi rivedrò mai più!* . .

A la admiracion despertada por Rossi entre las almas inteligentes y los corazones sensibles, ha sucedido otra admiracion más generalizada, más vulgar y más grosera, la admiracion hacia Mazzantini. ¿Quién es Mazzantini?—preguntará tal vez la curiosa lectora.—Es un torero novel, que habiendo ya toreado en provincias, el domingo próximo pasado tomó en la plaza de Madrid la alternativa, es decir, se estrenó ante la cornuda fiera en el madrileño redondel. Mató tres toros de tres estocadas, y la ovacion fué indescriptible: un diluvio de sombreros y tabacos cayó á sus piés, un terremoto de bravos y palmas asordó sus oídos; el público, entusiasmado, le ungió rey de los diestros; sus más ardientes admiradores saltaron al redondel al fin de la corrida, muchos le abrazaron, hubo quien le besó, todos cargando con él, le pasearon en triunfo, y quedó hecha la apoteosis de este genio tauromáquico. Por la noche, aquí y allá, arriba y abajo, dentro y fuera, no se hablaba sino de Mazzantini. Los maridos se convertian en Argos, los novios se ponian acaramelados con sus novias para neutralizar los estragos del matador de toros, que podia serlo tambien de corazones; pediamos dinero á un amigo, y maquinalmente contestaba: Mazzantini. El juéves último, la empresa, explotando al diestro como si se tratara de un filon, dió una corrida extraordinaria; á pesar de ser dia laborable, de lo lluvioso del tiempo y de lo frio de la tarde, al leerse en el cartel el nombre de Mazzantini, la plaza se llenó de bote en bote. Botaron en la arena caballos y jinetes sobre las astas de los bichos, botó el agua de las nubes, y los espectadores, á semejanza de los antiguos guerreros, formando la tortuga con los paraguas, firmes en sus puestos, veian matar toros á Mazzantini. Este brindó la última fiera á una Condesa que ocupaba un asiento de palco, y la Condesa, agradecida, arrojó al galante diestro una petaca, tal vez una cartera con billetes dentro, que todo pudiera ser en un país donde quien no compra un libro empuña la capa para asistir á una corrida.

Si mis lectoras me lo permiten, les voy á presentar á Mazzantini. Es alto, forzudo, de gentil presencia y modales distinguidos; su valor raya en temeridad; se coloca con tal frescura á la cabeza del toro, que el toro lo confunde con una horchata; su pulso es firme y certero, su mirada tan segura como inteligente; al herir á la fiera, toma una elegante postura artística que revela su origen italiano, se tira á fondo con bravura, sabe burlar la acometida de la bestia y raras veces yerra el golpe. Sus admiradores sólo le encuentran un defecto, es que todavía no tiene mote, y por ahora se ven obligados á llamarle D. Luis. Los que de cerca le conocen dicen que Mazzantini viste como un caballero, que habla varios idio-

mas, toca el piano y posee una instruccion impropia de su clase. Yo de mí sé decir que le he visto retratado de frac y corbata blanca, y me parece un torero *de ocasion*, como lo revelan sus modales. En la Edad Média hubiera sido un Cid; hoy, á falta de moros, buenas son reses,—habrá dicho para su *coleta* parodiando un refran muy conocido. La historia que por acá se cuenta de Mazzantini confirma su inteligencia y mis sospechas. Hijo de padre italiano, era un triste empleado en ferrocarriles; sin duda echó de ver que, pese á la velocidad de los trenes, su fortuna marchaba á paso de buey: este animal le recordó el toro; vió en seguida que una muleta y un estoque eran fuente inagotable de gloria y de riquezas en la patria de Pepé-Illilo; echó á un lado su empleo y sus preocupaciones, sintióse con facultades, aprendió á torear, y heténoslo aquí saltando de la indigencia á la abundancia, de los antros de la oscuridad al pináculo de la gloria. Cualquier dia, con las arcas bien repletas, echará á un lado los trastos de matar, como ántes sus preocupaciones y su empleo, se cortará la coleta, hará que lo elijan diputado ó que le nombren Duque, y todos le daremos tratamiento de excelencia. ¡Oh práctico y profundo Mazzantini, yo te saludo y uno mi sincero aplauso al de tus admiradores! Tú has comprendido el siglo que corremos y el país en que vivimos; tú has notado que el sabio come pisto, cuando come, y el necio come faisanes; tú observas que no sabemos quiénes fueron ni qué hicieron Servet y Jovellanos, y todos, en cambio, conocemos bien á Lagartijo, Frascuelo y Cara-Ancha. ¡Basta! no digo más por temor de que te incomodes y me confundas con un toro.

UN MADRILEÑO.

Madrid, 7 de Junio de 1884.

TRES AMIGAS.

NOVELA ORIGINAL

DE

JULIA ASENSI.

[Continuacion.]

Mi padre le dirigió algunas palabras de gratitud que él escuchó con visible contrariedad y disgusto.

—No me dé usted gracias por nada, se apresuró á decir; el mortal está obligado á hacer poco ó mucho, segun sus facultades, por el prójimo, pero á hacer siempre algo. La herida de usted es leve, pero exige cierto cuidado; se quedará usted aquí un par de dias.

—¿Es usted el dueño del castillo? le preguntó mi padre.

—Sí señor, contestó; hace algun tiempo que lo compré. Quedé huérfano muy jóven.

—Vive usted en él todo el año?

—Casi todo.

—¿Solo?

—Con tres antiguos criados.

Quisimos oponernos á permanecer allí, pero no hubo medio de que partiésemos; además el coche se habia roto, él declaró no tener carruaje, y no podiamos pensar en volver á nuestra casa á pié. Precisamente mi padre estaba herido en una pierna.

Pasamos casi toda la noche solos porque no quisimos cenar, y únicamente tomé una taza de té por complacer al dueño del negro castillo. A pesar de que me prepararon una habitacion, no hice uso de ella y permanecí al lado de mi padre, al que el desconocido acostó en su propio lecho. Una vez allí, observé